

OTROS PAISAJES POSIBLES

Honduras Junio 2023



OTROS PAISAJES POSIBLES



DIGNITY
FOR ALL

LGBTI ASSISTANCE PROGRAM

ELABORADO POR: LUCÍA BONILLA

EDICIÓN: ROSA POSA GUINEA

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: NOYSE

REGISTRO FOTOGRÁFICO: DANIELA SÁNCHEZ

01

GEOGRAFÍAS DEL CUIDADO

En marzo de 2015, junto a Lohana Berkins, iniciamos uno de los tantos caminos hacia el cuidado. Abrimos nuestros propios senderos después de contagiarnos de la desobediencia de activistas que se preguntaron: ¿qué sentido tiene la revolución si no podemos bailar? (Barry, J y Djordjevic, J, 2007). Este texto intenta trazar una microhistoria y una cartografía rebelde de este tránsito que lleva ocho años y que reúne múltiples territorios de Abya Yala. Acompañados de defensores de derechos que habitan Centroamérica y Ecuador, queremos plasmar las ideas, el mapa y la espiral del tiempo que nos llevó a Santa Lucía, Honduras un 25 de junio de 2023 con activistas racializados, migrantes, rurales y disidentes sexuales y de género.

Desde 2015 hasta el presente, nuestra pequeña telaraña de cuidados ha crecido agigantada. Miles de activistas se dejaron enredar con los hilos de nuestras emociones, nuestros juegos y nuestras esperanzas. Nosotres empezamos con una madeja que guardaba los conceptos, sueños, historias e imaginaciones que construimos colectivamente. Pero cada vez nuestros hilos se quedaron cortos. Tuvimos que hacer crecer nuestra madeja con los vocabularios de otros, con otros sentires y otros futuros que ahora nos acompañan para regenerar nuestras luchas. Este pequeño texto guarda ese aprendizaje: cada palabra se anuda a las palabras de alguien más. Esta memoria es un coro; tiene múltiples autores porque surge de la lógica del encuentro que, en el contacto, transforma, multiplica y (con)mueve.

Queremos reconocer a les activistas que estuvieron presentes, entretejiendo sus palabras con las nuestras, como coautores de esta memoria. Son sus saberes y sus experiencias las que le dan carne y cuerpo a este documento. Sin su generosidad, nuestra teoría del cuidado no tendría un lugar y estas reflexiones no serían posibles. Así como el cuidado, el proceso de escritura nunca ocurre en solitario. Quizás, en nuestro caso, escribir sea como el gesto de abrir una conversación o dar una respuesta minuciosa que abraza los múltiples contactos desde los que surge. Puede que escribir memorias sea nuestra forma de conectarnos y revolver el torbellino de nuestras interdependencias. Plasmamos, en palabras, los enredos con los que anhelamos seguir ensayando otras geografías.

Nos proponemos reunir aquí la teoría que construimos a través de las historias y las voces de les activistas que nos acompañaron en Honduras. Pero reconocemos que esta teoría no sería posible sin los relatos que nos donaron en cada uno de los talleres que vinieron antes. Es por ello que queremos evocar una temporalidad distinta que nos permita traducir ese montaje de experiencias que se elongan y permanecen hasta el presente/futuro. También queremos reconocer que esta teoría no pertenece a una sola organización, persona o territorio. Se nutre del pedazo de tierra y de memoria que cada activista ha llevado consigo. Así, este es el relato de una serie de eventos que ocurrieron en Honduras, pero esa Honduras que cartografiamos durante tres días es otra que la aparece en los registros de la cartografía colonial o nacionalista.

Esta busca ser mapa para oponerse a la representación colonial de las fronteras. Busca dibujar los bordes de los afectos desplegados en la puesta en práctica de nuestra ética de cuidados compartidos. Nos preguntamos entonces: ¿Cómo se ve un territorio construido desde el afecto? ¿Qué tipo de formas resultan cuando deformamos las fronteras que separan a los pueblos de Abya Yala? ¿Cómo representamos el mundo de sueños que les activistas cargamos adentro? ¿Cómo retratamos los cambios logrados que alguna vez fueron sueños? En este registro escrito queremos ensayar esos mundos porque estamos convencidos de que hacemos realidad esos imaginarios cada vez que nos juntamos en espacios dedicados al cuidado. Así, la narrativa que aquí plasmamos acuerpa el ritmo de ese rincón en Honduras en donde diecinueve activistas plantamos semillas de vida y esperanza.



Nuestro mapa está anclado al placer, al goce y al afecto, pero también incluye precipicios, hundimientos, rugosidades y asperezas. Ocho años después de nuestro primer taller de seguridad y autocuidados y dieciséis años después del libro escrito por Jane Barry y Jelena Đjordjevic¹, les activistas en Latinoamérica siguen viviendo el cuerpo, sus afectos y su salud mental como zonas de sacrificio. Los relatos que surgieron en Honduras coinciden con algunas de las reflexiones del libro publicado por el Fondo de Acción Urgente. Sin duda mucho ha cambiado con el tiempo, pero seguimos sintiendo que algo falta en el camino de regenerar el activismo y la revolución. La primera parte de esta memoria responde a esto. Queremos enredarnos con las experiencias de les activistas para entender sus sentires, cansancios y dolores.

¹FAU_RootingCare_es.pdf

Esta parte es un análisis de la palabra compartida que incluye las pasiones y el fuego esperanzador de las luchas de cada uno. Pero también sus tedios y las heridas abiertas por ese activismo que amamos tanto. A partir de esta lectura, buscamos generar un modelo de cuidados que intenta dar respuesta a los desafíos de seguridad y bienestar a los que todavía nos enfrentamos y que emerge de las ideas de quienes estuvimos presentes en Honduras. Sabemos que hay problemas estructurales que son imposibles de subsanar con un taller, una investigación o una memoria. Pero guardamos la esperanza de que las palabras tienen un efecto de contagio que puede impulsarnos a hacer la revolución más allá de la narrativa de las muertes injustas y las vidas precarias.



El deseo de transformar nuestro activismo tiene todo que ver con el afecto, la cercanía y la complicidad. Cientos de activistas han dejado su marca en nuestras pieles. A veces, el espacio público no permite ver a los defensores como personas que se rompen, que gozan, que sienten placer y dolor. Este pequeño teatro, en el que ensayamos otros mundos, nos ha abierto una rendija para ver los rostros que escondemos tras la fachada de activistas. Por eso, cerramos esta memoria con tres relatos que son un regalo en doble vía: el de los defensores que nos permitieron romper juntas la frontera entre nuestras pieles y el nuestro que honra sus historias y las devuelve como un eco de cuidados. El resultado final de esta escritura conjunta es su reflejo homenajeado en la intimidad de nuestras pupilas.





El primer día del taller empieza con historias que nos cuentan cómo y por qué les participantes decidieron volverse activistas. Nuestra memoria termina con cinco historias que buscan mostrar por qué nosotres apostamos por cuidar de quienes nos cuidan. Las vidas de les activistas suelen estar en el fuera de campo de la transformación. Nosotres queremos reconocer que la continuidad de la vida no es posible sin ellos. No es sostenible desde el agotamiento y el debilitamiento sistemático de quienes luchan. Los talleres de seguridad y autocuidado son una apuesta política para construir terrenos más amables para quienes protegemos y sostenemos la red de la vida. Estos talleres arrojan nuestro deseo, no solo de mantenernos vivos, sino de vivir y morir con dignidad. De hacer de la vida misma un baile.

Queremos subrayar que la red que cuidamos no tiene un afuera. Todes les que estamos implicades en ella (humanos y no humanos) la habitamos desde dentro. Si alguien/ algo se marchita, un pedazo de la red se rompe y todo lo demás se debilita. Quienes cuidamos y luchamos por la vida no estamos sosteniéndola desde fuera. Estamos adentro y también necesitamos sostén, descanso, placer. Queremos darle continuidad a nuestro taller a través de las reflexiones que siguen. Esperamos que los relatos de les activistas, que nos han movido tanto, empujen a les defensores que nos lean a sanar con nosotres las heridas que quedan después del activismo. A ver el autocuidado y el cuidado colectivo como una necesidad y no como un lujo. A atender cuidadosamente nuestros cuerpos para que este mundo de muertes indignas pueda devenir un chinique.²



² Fiesta popular que se realiza en Guatemala, específicamente en la zona 8 de la capital. Quienes asisten son personas de diversos contextos y se baila marimba y otros géneros de música popular.

02

EN CADA ORGASMO YO LE PEDÍA PERDÓN A DIOS³

Cuando indagamos sobre el activismo y cómo llegamos ahí, nos encontramos con un tránsito que va del dolor a la resistencia y de lo individual a lo comunitario. Lo colectivo es una fuerza vital, pero los sistemas de opresión que nos atraviesan nos quieren aislados. Como disidentes de la norma sexual, atravesamos experiencias que nos hacen sentir profundamente solos hasta que encontramos a otros cuyos cuerpos resuenan con los nuestros. A veces somos nosotros el cuerpo que otro encuentra para calmar el agobio del exilio y la extrañeza que resulta de desencajar. Muchas de las historias que relatan cómo cada uno se hizo activista empiezan reconociendo que esta expulsión es un efecto estructural de la desigualdad y que es posible transformarlo. Muchas veces esto ocurre al entrar a un espacio en donde encontramos a personas con experiencias similares a las nuestras.

³ Las palabras que dan título a esta sección parafrasean las reflexiones compartidas por una activista hondureña que participó en el taller.

Nos movemos por el impulso de la incomodidad, las opresiones, la cotidianidad de la violencia. Nos arrastran nuestros dolores y encontrar esas sensaciones en otros. Organizarse aparece como una consecuencia inevitable cuando buscamos tejer refugios en un mundo que nos queda estrecho y optamos por ensanchar los espacios que podemos habitar. Desde el principio, el activismo surge de lo colectivo como una estrategia de cuidado ante un sistema que nos marca como anomalías y espera nuestra “cura” o extinción. Esta respuesta implica demoler los artificios que separan nuestra vida “privada” del ámbito de lo “público”. Lo anterior trae consigo el riesgo de perdernos o atorarnos ahí. En cierta medida, el activismo y la imagen idealizada de cómo es o debería ser un activista transforma nuestra identidad obligándonos a reducir nuestra existencia a la defensa de derechos y a la causa que intentamos defender.

Empezamos profundamente frágiles, pero en alguna parte del camino nos obligamos a esconder esa fragilidad. Muchas veces nuestra meta es “gozar de nuestros derechos” mientras nos negamos cualquier tipo de goce. Como si condicionáramos nuestro derecho al placer o hiciéramos de este el premio inalcanzable al que tendremos acceso únicamente si logramos el bien común universal. Las historias que los defensores han compartido en estos años con nosotros nos muestran que el activismo está lleno de afectos, complicidades y alegrías. Pero ese activismo que nos gratifica tanto también puede ser el calvario que escogemos a diario porque, en palabras de Rosa Posa, nuestra monja interna no tiene ataduras para entregarlo todo sin el “egoísmo” de la recompensa o el reconocimiento.



Cansade, agotade, triste, culpable, improductive, colapsade, al límite, carcomide, doliente, desanimade, destruide, desgastade.

Estas son algunas de las palabras que surgieron después de vernos al espejo. Nos cayeron encima, repentinos, como el aguacero que nos envolvía en las tardes de Santa Lucía. Nos miramos al espejo e hicimos preguntas que intentaban responder: “¿estoy siendo justo conmigo?”. Algo se quebró en nuestro reflejo al hacer estas preguntas. Nos rodearon memorias de haber atravesado una crisis nerviosa, ver decaer nuestra salud mental, sentir angustia porque no tenemos recursos para cubrir necesidades básicas, ver nuestro cuerpo físico colapsar. Parece, entonces, que el costo de garantizar el goce de derechos es nuestro propio derecho al bienestar. Sacrificamos nuestra vida por el sueño del buen vivir que les tocará a otros, tal vez, pero no a nosotres.

“Yo lo llamo trabajo no remunerado” enuncia una joven participante. El activismo rara vez incluye un salario que permita vivir dedicándose únicamente a la defensa de derechos. Quienes defendemos la vida usualmente nos partimos entre el trabajo, los estudios, las familias y hacemos nudos imposibles para darle nuestro tiempo “libre” al activismo. ¿Cómo se paga el costo del trabajo de les activistas? En muchas ocasiones, lo pagamos nosotres con el cuerpo. La idea generalizada de que el activismo se hace de forma gratuita o con el menor costo nos lleva cuestionar el tipo de dinámicas sobre las que insertamos la lucha por transformarlo todo. ¿Acaso este modelo de activismo no es una forma de explotar y expropiar el tiempo de les defensores? ¿Estamos intentando regenerar la vida mientras reproducimos la desposesión y muerte?



Les activistas pagan con el cuerpo el tiempo que no se remunera porque en este sistema capitalista todo tiene un costo. La deuda de derechos humanos se ha pagado con cuerpos despojados de valor. En medio de un cerro en Honduras, en una isla en Panamá, en las montañas de Chile, en una casa de cuidados en Oaxaca o en el mundo digital, el activismo aparece una y otra vez como espacio de despojo. Así como se seca la tierra después de la violencia de la minería a cielo abierto, así también decae el cuerpo de les activistas después del trabajo no pago que lucha por sostener la vida. Aun en 2023 hay una tendencia a hacer del activismo una maquila. Alcanzar metas, mostrar indicadores, sumar nombres, llenar listas y todo esto con el menor costo posible. Es decir, mediante el abaratamiento del tiempo/cuerpo/trabajo de quienes anhelan la transformación social. ¿A quiénes beneficia un modelo social como este?

Cuando miramos hacia atrás en la línea de tiempo de les activistas, demasiadas muertes se despliegan frente a nuestros ojos. Los diarios señalan vagamente cifras de personas que han sido asesinadas, que han sido forzadas al exilio, que perdimos por negligencia estatal, que son perseguidas por defender y cuestionar. Algunos nombres aparecen, pero las historias que transmiten las noticias no alcanzan a dar cuenta de las vidas que perdemos por sistemas injustos. ¿Es posible cambiar la sentencia de muerte que cada activista lleva sobre sí como un fantasma? ¿Es posible hacerlo sin el agotamiento de sí?



Rabia, Impotencia, Dolor, Inseguridad, Desaliento, Miedo, Angustia, Terror, Estremecimiento, Debilitamiento, Truncamiento, Desesperanza.

De nuevo un aguacero de sensaciones revienta sobre nuestras espaldas. Se puede sentir una tensión atravesándonos como las nubes que franquean los cerros al otro lado del salón. “La revolución nos atraviesa el cuerpo” dice una joven activista hondureña. Y no podemos evitar preguntarnos cómo y qué marcas ha dejado sobre nuestro corazón y nuestra vida. Algunas personas tienen límites más claros. Han abandonado la culpa de parar, cuidarse y repartir con otros las cargas que llevan a cuestas. Algunas priorizan su salud física, emocional y mental. Poco a poco aprendemos juntas que la revolución no tiene lugar si los cuerpos que la hacen se enferman, se debilitan o mueren. Poco a poco nos entregamos al ritmo del baile.

03

REIMAGINAR EL MAPA EN
NUESTROS
CUERPOS

Al iniciar el taller encendimos velas por nuestros ancestres en Abya Yala. Por las personas que nos acompañaron y transformaron nuestras vidas: activistas, amigos, familiares y seres que sostuvieron nuestros cuerpos mientras nosotres intentábamos sostener la vida. Personas que lucharon con nosotres y que, aunque ya no están, nos alumbran en este presente que intenta reconfigurar futuros. Ahí, el fuego fue más que una metáfora. Encendimos nuestras memorias encarnadas y pasamos, de mano en mano, nuestra llama que también le pertenece a quienes vinieron y se fueron antes que nosotres.

Alumbramos nuestro camino en silencio colocando un hilo de luz alrededor del mapa de Latinoamérica. Esta fue nuestra segunda intervención cartográfica: avanzar, incendiaries, a través de las fronteras impuestas por el orden colonial e imperialista y deformar con el fuego sus fronteras. El primer gesto de reconstrucción de nuestras geografías fue traernos a un mismo espacio a activistas disidentes de Centroamérica, Paraguay, Colombia y Ecuador. Intentamos, con esto, reactivar la memoria de nuestros tránsitos y la proximidad. Quisimos rememorar los caminos abiertos por la movilidad humana que nos junta desafiando los bordes hipervigilados y el control de nuestro impulso por cruzar fronteras.





Esta vigilancia de fronteras le negó la entrada a Honduras a dos activistas de Bolivia, un defensor trans colombiano y una activista trans de Ecuador. Nuestros triunfos, frente a este orden que se empeña en producir desconexiones, son parciales, pero siempre encontramos formas otras de resistir la violencia estatal y sus fronteras. Les activistas no llegaron a Honduras, pero sus historias sí. Las leímos en voz alta y las hicimos nuestras. Pusimos su marca en ese mapa que nos alumbró por tres días y con esta seña confrontamos las ausencias forzadas que se reproducen en todo el continente por causa de la violencia antimigrantes. En palabras de una activista trans hondureña: “sí está porque está su historia”.

Nuestro mapa hizo presentes las ausencias. Al irrumpir las fronteras con el fuego y nuestros cuerpos, reescribimos los códigos geográficos que nos quieren distantes, soles y debilidades. Esta geografía que inventamos regenera los vínculos a lo largo de Abya Yala a través de afectos insurrectos. Celebramos este espacio porque levanta puentes entre activistas que de otro modo no existirían. Mientras los puentes

configuran nuevas cartografías, el mapa colonial se borra un poco y nuestros vínculos se intensifican. Estas conexiones llevan detrás una apuesta política vital: poner los cuidados en el centro para que esta red sea sostenible en el tiempo.

El cuidado es el escenario del que parte esta memoria porque el deseo de cuidar de quienes nos cuidan fue el combustible que encendió este fuego itinerante. Queremos darnos la oportunidad de habitar nuestros cuerpos de otro modo y sembrar en otros la convicción de que podemos disputar el gobierno sobre nuestros cuerpos a través del placer. Vivir gozando es una forma de hacer activismo y de rehusar la sentencia de muerte de este sistema mundo. Nos negamos a vivir con miedo y a resignarnos a habitar permanentemente contextos de violencia. Por eso nos organizamos y devenimos manada. Por eso queremos hacer del placer un método de subversión.



¿Cómo conciliamos la lucha por la vida con la búsqueda implacable de placer? Nuestra respuesta es que la defensa de la vida solo es posible si desmontamos la idea de que la dignidad y el goce son solamente un punto de llegada. La alegría es radical porque habilita otras narrativas y permite imaginar el fracaso de este sistema como único horizonte posible. Entonces, para hacer la revolución, proponemos reconciliarnos con el placer y dejar que atraviese transversalmente nuestras luchas. Queremos hacer del “buen vivir” nuestra brújula ética. No para trazarnos un destino fijo, sino para que sea el compañero permanente de las resistencias. Resistir alegres, resistir con dignidad, resistir acompañados y hacer de la resistencia un baile que incomode a los predicadores de las pasiones tristes.

Si reclamamos nuestro derecho al disfrute no es porque seamos ingenuos o incapaces de percibir los efectos devastadores de la violencia. Los conocemos de cerca. Pero también conocemos, con demasiada familiaridad, los efectos de luchar con cuerpos que duelen. Aprendimos que, cuando no hay cabida para el placer, les activistas se agotan con el peso de la culpa, de expectativas imposibles y cuerpos carcomidos. Un movimiento social exhausto es insostenible en el tiempo. Si drenamos la vitalidad que en algún momento impulsó a los defensores a organizarse, ¿cómo seguimos a contracorriente? ¿Cómo mantenemos activa nuestra capacidad de respuesta con la salud mental y emocional desbordada?

Los talleres que empezamos en 2015 son lugares de encuentro para ensayar esos mundos y jugar con sus posibilidades. Circulamos recursos, trabajo colectivo, tiempo y afectos para darnos la oportunidad de imaginar el escenario de los futuros que soñamos. Un ensayo es una práctica que tiene como fin

darle vida a una obra final. Pero nuestras ambiciones son otras: no buscamos la pieza definitiva, sino la experimentación compartida. Así, ponemos los cuidados en escena y creamos montajes que entretejen contra historias y apuestan por reflorar. Ensayamos acercamientos al cuidado para no olvidar cómo se siente en nuestros cuerpos. Ensayamos otros modelos de afecto y formas de aproximación para reorganizar la realidad y el territorio. Cada taller es una puesta en escena de vínculos de afecto, responsabilidades compartidas, disfrute y sanación.

Poner el bienestar en el centro es un modo de redistribuir el acceso a los cuidados. Ahí donde el sistema colonial/capitalista irrumpió los circuitos de sostén comunitarios ahora se reproducen máquinas de muerte. Ante esto, los cuidados colectivos realizan una doble función: regeneran



los paisajes de devastación y reemplazan el mito de la individualidad por una vitalidad interdependiente. Para que la red de cuidados no se rompa los cuidadores necesitan cuido. Para rehusar los sistemas de muerte, los defensores necesitan la democratización del goce. Queremos que la transformación de los sistemas de muerte del presente deje de pagarse con nuestros cuerpos y nuestras esperanzas. Soñamos con un activismo que no rinda culto al martirio.

Ni olvidamos a quienes nos faltan ni perdonamos a quienes se los llevaron. Le apostamos a la alegría para honrar las muertes que nos preceden en el ahora y para negarnos a ceder un cuerpo más. En palabras de la feminista comunitaria Lorena Cabnal: “no podemos hacer la lucha con cuerpos enfermos, con cuerpos entristecidos, con cuerpos deprimidos porque una de las intencionalidades del sistema patriarcal es que tengamos los cuerpos infelices”. Sanar y permitirnos gozar sin culpa es un acto revolucionario para los movimientos de las disidencias sexuales y de género en Abya Yala. Creemos que la sanación es urgente para encarar las secuelas no deseables del activismo y procurar otros modelos de lucha. Insistimos en poner el autocuidado y los cuidados colectivos en el centro porque ansiamos la posibilidad de mundos reconstruidos por potencias alegres.

Dean Spade, pensador transfeminista, nos recuerda: “No hay nada nuevo en la ayuda mutua: las personas han trabajado juntas para sobrevivir durante toda la historia de la humanidad. Pero el capitalismo y el colonialismo crearon estructuras que han alterado la forma en que las personas se han conectado históricamente entre sí”. Si bien no hay nada nuevo en organizar y sostener la vida colectivamente, las condiciones en las que ocurre (o no) la ayuda mutua han cambiado radicalmente. El capitalismo y el patriarcado intentan

monopolizar el poder sobre la vida y la muerte pulverizando las condiciones materiales y afectivas necesarias para que estas conexiones sean posibles. En contextos tan hostiles y agresivos, la ayuda mutua se convierte en algo más que trabajo conjunto por la sobrevivencia. La ayuda mutua y el activismo se oponen a los regímenes de muerte tergiversando sus lenguajes e imaginando nuevos modos de articular la vida.

Este es un sistema de muerte porque para existir interrumpe los engranajes que sostienen las múltiples ecologías de la vida (humanas y no humanas). Audre Lorde nos advierte: “las herramientas del amo nunca desmantelarán la casa del amo”. Ahora nos damos cuenta que muchas de esas herramientas hicieron camino hasta nuestros refugios y son nuestras casas las que están en riesgo. Se nos coló la culpa, la explotación, el trabajo no remunerado. En palabras de Rosa Posa, adentro tenemos una monja que nos quiere mártires. Tenemos a un fascista que vigila y controla nuestros pasos y los de nuestros pares.

Por ello queremos hacer del cuidado nuestra revolución. Proponemos crear otros modelo de hacer activismo para desplazar al amo de la casa que habitamos. En su lugar, buscamos que la autonomía, el gozo, la agencia y los afectos se cuelen por nuestros bosques y jardines. No proponemos una única manera de entender los cuidado. Para cada activista y para cada movimiento el cuidado toma la forma que necesita y puede. Tampoco buscamos cerrar una definición del cuidado, pero esperamos que esta rebeldía contagiada prolifere en otros escenarios y corra irreverente como marea embravecida.

04

LOS RITMOS DEL CUIDADO COLECTIVO

En círculo y abrazándonos, cada una dijo en voz alta las vocales que conforman nuestro nombre. Primero lo dijimos soles. Después, lo hicimos al unísono. Las vibraciones de cada una se entremezclaron y la sala que compartimos nos devolvía nuestro ritmo. Cada persona llevó consigo un canto. Un modo particular de sonar. Este ejercicio pretendía mostrarnos que nuestros ritmos se entretengan. Que nuestra potencia y resonancia cambian cuando nuestra voz esta sola. Cuando nuestras voces se juntan creamos un ritmo que nos permite bailar haciendo la revolución.

Así íbamos cerrando el taller. Entrelazando nuestros cuerpos a través del ritmo y apuntando a la singularidad de cada una. Este cierre contenía el ritmo de nuestras historias. Nuestro sonido se mezcló para generar una melodía que solo nos pertenecía a nosotres. Un modo único de sonar. Nosotres queremos también cerrar esta memoria a través de las historias y sus ritmos particulares. Los textos que siguen son el resultado de intercambios vitales que nos permitieron contarnos a nosotres a través de las palabras.

Plasmar estas historias aquí es una forma de extender el proyecto de ampliar nuestra red de los cuidados. Entendemos el cuidado como una forma de proximidad que sana y fortalece la vida. Estas conexiones fueron sentidas, escuchadas y abrazadas para construir una historia con el ritmo que nos entrelazó al finalizar nuestro taller. Las historias que aquí presentamos contienen un fragmento de la huella que cada participante dejó en nosotres y también constituyen un breve relato de su vida como personas que sienten, que se regeneran, que gozan y que sostienen la vida. Cerramos con sus historias porque creemos que seguir el trazo de sus experiencias y recordar sus caminos es una forma de cuidar.



PATRICK

Mi primer nacimiento fue del vientre de mi madre en Tarija. Nací y enterré mi primer llanto en el suelo de mi querida Bolivia, mi doliente Bolivia. Después de un tiempo nos fuimos a Sucre. Ahí crecí y ahí me empecé a soñar. Me pasé tantas horas arándome en sueños. Me imaginaba otro y sin darme cuenta estaba gestándome a mí mismo. Ahí, en sueños, nací por segunda vez y también ahí enterré muchos llantos.

Mis fantasías se hicieron palabra. El cuerpo que me sembré se hizo sonoro y, entre llantos, le dije a mi padre que yo había cosechado otro mundo. Que ese universo que crecía cada vez que cerraba los ojos era más ancho que mi pequeña Bolivia. Le dije, con bruma en los ojos, que ahí yo era distinto. Este nacimiento fue un cuerpo-palabra-sueño. Mi padre, que era un intelectual y ex sacerdote, intentó en vano hablar más fuerte que ese cuerpo que había salido de mí. Pero me quedé ahí, recién nacido y arrullado en las faldas de mis pensamientos. Yo seguí ahí, arándome un cuerpo de barro para nacer por tercera vez.

Antes de volverme a parir, yo tuve un hijo. Un pequeño al que quise y al que quiero tanto. Ya conté algunos de mis nacimientos y quizás ahora que hablo de ese hijo mío estoy narrando mi primera muerte. Él llegó como el primer rayo de sol que calienta después de las madrugadas frías en Cochabamba. Así se sentían sus manos pequeñas sobre mí. Y su risa. ¡Cómo se olvida una risa que hace estremecer los mismos cerros! Y su llanto. ¡Cómo se olvida un llanto que perfora la piel y los huesos! Mi pequeño era un pedazo de mí. Un cuerpecito de carne mío y me lo arrancaron.

A veces lo lloro y mis lágrimas escarban entre las raíces de los árboles buscándolo. Otras, susurro en seco su nombre y le ruego al viento que mi aliento lo encuentre. Que, aunque no lo vean mis ojos, lo acaricien los ecos de mi voz que lo llaman. Aquí, en Bolivia, soñarse un cuerpo es cometer un delito. Lo que para mí había sido mi verdadero nacimiento, para el Estado y para el pueblo era un suicidio. Se lo llevaron a pesar de mí y no hubo ley ni derecho para un hombre que se había atrevido a soñarse a sí mismo.

Confieso que dejé de soñar. Que me volví un silencio imperceptible hasta que, en 2016, años después, se ensancharon las leyes en Bolivia. Entonces, me di un tercer nacimiento: Patrick. Me parí en los registros y traje conmigo ese mundo de sueños en el que había dejado enterrado el ombligo. Nací y sonó la voz cristalina de mi padre preguntando, “¿qué clase de hombre quieres ser, hijo?”.



Todavía me atraviesan sus ojos profundos diciendo: “a mí lo que me interesa es que seas bueno”. Yo soy un soñador y he andado por Bolivia abrazando los sueños de otros como yo. Quizás ser un hombre bueno no es distinto de ser un soñador. Más aún, ser un hombre bueno es cavar hoyos para que se cuelen los sueños de otros en el mundo. A veces todavía me apago, pero no he vuelto a morir. Ahora ya no me amaso en las tierras de mis sueños. Ahora voy haciéndole senderos a mi querida Bolivia, a mi doliente Bolivia. Alguno de esos caminos me llevará de vuelta a los brazos del hijo mío al que quise y al que quiero tanto. Alguno de esos caminos nos dará el regalo de un lugar donde soñar con libertad.

Yo no me acabo donde acaba el camino. Una y otra vez yo he de volver a nacer.

ANA

En otra vida fui pájara.
Jugué con las nubes rompiendo vientos con mis alas.
A veces recuerdo en sueños
y veo con mis ojos de garza un cielo celeste hundiéndose en
el mar.

Yo era un pájaro azul, azul profundo
que solía cantar para llamar a la lluvia
y bailar con las aguas tristes de los cielos.
Ahora canto convocando la vida de los bosques.

Alguna vez tuve plumas de azul profundo
y tuve también turquesas infinitos.
Ahora mis brazos son los ríos de la niebla
que hacen nido en las copas de los árboles.

A veces me siento volver a la brisa y la sal.
Sin alas de azul profundo vuelo al mar como buscando.
No soy ni pájara ni río, soy los dos cantos
que rompen los silencios de la niebla haciendo ecos en el
agua.

Antes fui un ave de paso y en esta vida me siguió la urgencia
de volar.



NELLA

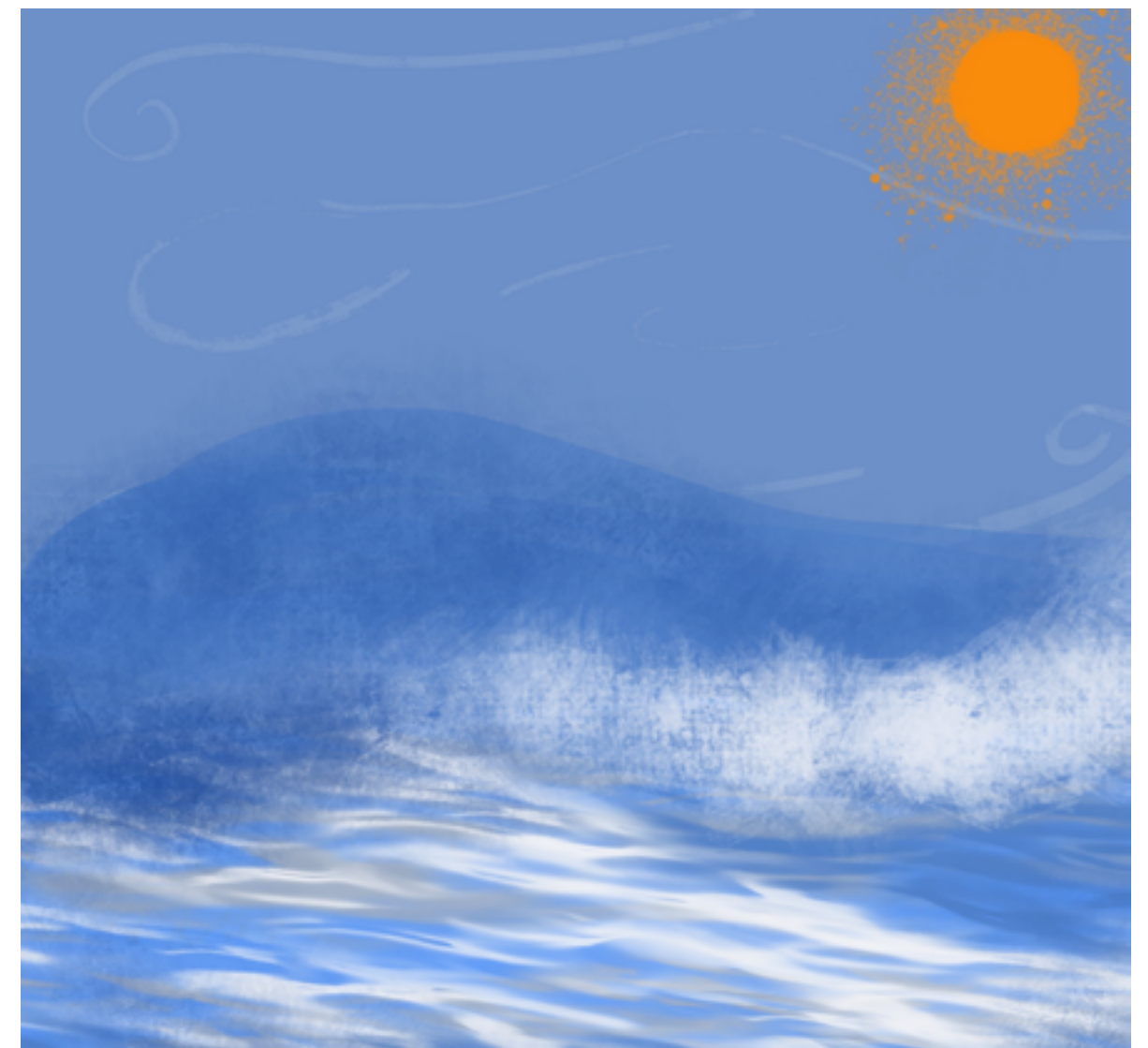
Ya no vivo en la orilla del mar donde crecí, pero sigo de cerca la espuma y sus rastros en la arena. Mis memorias están guardadas en mi piel, pero también en las aguas rosadas de Ecuador y en los ojos de mi abuela. A veces creo que mi pelo se ondula siguiendo las olas celestes de la infancia. Hace tiempo que me fui, pero navega conmigo Monteverde y la calma de sus aguas rizándose en mis dedos.

Cuando una crece tan cerca del mar y de sus horizontes infinitos se van quedando pequeños los presentes. Desde niña yo quería tocar la inmensidad, fugarme de los cauces, hacerme nube y llover sobre edificios y ciudades. De la arena mojada aprendí que se pueden levantar castillos de pasillos infinitos. La humedad en la arena me enseñó también a botar muros y desafiar los monumentos.

Quizás el género fue el primer monolito que tiré. “Cosas de hombres”, se empeñaron en decirme tantas veces. La ropa, el taller, mi iniciativa, mis deseos. “Cosas de hombres”. Primero, me llené de rabia (¿o era tristeza disfrazada con los gestos del enojo?). Me dolía la infancia, me dolía el cuerpo, me dolía la vida que alquilaba. Me pesaba un duelo grande por la niña que fui o que fui a medias. Me asfixiaba un enojo por la niña que quería haber sido y las historias que no eran suyas y anhelaba.

“Cosas de hombres”, me decían y fueron esas cosas, que no eran de hombres sino mías, las que me llevaron aquí. A esta casa de amores juguetones, libres y arremolinados. Ya no me duelo de mi niña que no murió nunca, se hizo más brava, más valiente y más irreverente. Todavía ahora ella se enreda en mis presentes y se ríe y se llora conmigo. Mi voz y su risa, su baile y mi andar van deshaciendo los castillos donde guardan sueños prisioneros.

La niña que fui, y que sigo siendo, va por Guayaquil jugando a quebrantar los muros para sanar las risas de otras niñas.



OTROS PAISAJES POSIBLES

